

CARA Y CRUZ

Por IGNACIO AGUSTI

los nuevos trogloditas

UNA de las condiciones que imponía el cuestionario para participar en el concurso que había que adjudicar la plaza de corresponsal o delegado de una gran firma americana en España, era la de que el solicitante no tuviera estudios universitarios. Por lo visto, el contacto del aspirante con la Universidad hubiera interferido no pocas de las actividades futuras de la Delegación a que aspiraba. Ese veto o ese tabú sobre las futuras capacidades del vendedor, que constituían los estudios superiores, y que de algún modo debía de estar justificado por los hechos o la experiencia, nos causó asombro. ¿Es posible, nos dijimos, que el haber leído a Kant o el saber quién fuera Schopenhauer constituya un inconveniente para vender neveras o para organizar una industria? Por lo visto así es, al menos para los directores de muchas empresas de más allá del Atlántico. Según ellos, el hombre en estado puro es aquel que se mantiene en una línea de conocimientos moderados, no demasiado profundos. Según esta teoría, aparte de saber leer y escribir y unos cuantos números, el hombre ideal de los negocios de este tiempo debe ignorar el acopio de conocimientos inservibles que son la filosofía y la historia, desdeñar aquellos que entendíamos por humanidades y gracias a las cuales, por cierto, se formaron las estructuras sociales y políticas en que hemos vivido y que han perdurado hasta hoy.

La noticia nos extrañó, pero no puede decirse que nos alarmara. Son conocidas las peculiaridades de la civilización americana, basada en gran parte en el culto al hombre que "se hace a sí mismo". Los fundadores de las grandes industrias, de Ford a Rockefeller, han empezado vendiendo diarios en la calle; ante este elocuente hecho es natural que la calle resulte para muchos americanos como una gran Universidad. El "self made man" no es en América solamente un ejemplo: es un ídolo. La naturaleza concéntrica y concentrada de los espíritus universitarios al estilo europeo, hubiera casado mal con una economía en crecimiento y con el vasto poder de un país que tenía que vencer sus indómitas posibilidades con procedimientos de la escuela de domadores de caballos salvajes, hecha de desgarrar y de audacia. Después ha surgido la Universidad. Pero la Universidad americana se basa en los principios de especialización, que difieren de la tradición universitaria europea, que abarcaba o pretendía abarcar la totalidad de los conocimientos humanos.

Pero de unos años a esta parte notamos, nosotros mismos, a nuestro alrededor, el crecimiento de una ola de desdén por todo aquello que tenga resonancias universitarias. Existe latente, en zonas sociales muy extendidas, una especie de antipatía o de menosprecio a los universitarios, como si éstos fueran residuo de una raza petulante que dominó al mundo en el siglo XVIII y en gran parte del XIX y que no hizo más que provocar fracasos. Ello se ha unido a la deflación que en la práctica han sufrido determinadas profesiones liberales surgidas de la Universidad. Los abogados de hoy no son los de antes. Un farmacéutico es un expendededor de específicos. Los horisontes que abrían en el siglo pasado las plataformas intelectuales de la Universidad se han cerrado ostensiblemente. Un fracaso práctico contribuye al vituperio colectivo y provoca, en gran parte, eso que siguiendo un poco a Ortega constituiría un aspecto más de la rebelión de las masas: las rebelión de los incultos.

Leemos en el prólogo de un libro escrito por un hombre de empresa una curiosa explicación de su atrevimiento. Viene a decir que ha escrito el libro sin ser un escritor de escuela, porque está seguro

de poder evitar las concesiones a la retórica y a la floritura literaria en que incurren los escritores de profesión. Así, dice, él es capaz de conseguir un estilo "directo, real y sin ambages". La puñalada traspera que desde sus pinitos de escritor este caballero da a todos los que, ellos sí, de verdad han escrito, desde Cervantes a Proust, salta a la vista. Lo que ocurre en realidad es que este meritario hombre de empresa, llegado a la cima de sus aspiraciones como empresario, no ha podido rehuir la tentación literaria, que en el fondo es la que en muchos alienta. Y no encuentra mejor justificación que denostar a los demás.

Lo mismo ocurre con la posición de todos aquellos que, desde diversas esferas de la sociedad, empiezan a descubrir con recelo a la cultura. Nosotros no negaremos que para vender un determinado producto quizá sea innecesaria, y hasta perjudicial, una formación universitaria. Pero ello no debería ser inconveniente para que el vendedor considerara que es mejor saber latín que no saberlo, aunque con latín no se venda un cántaro. Lo alarmante de la pujanza a los niveles sociales del tipo de hombre-económico, es el trastueque que se advierte de una realidad jerárquica en que la cultura prevalezca sobre la incultura, las luces sobre la oscuridad, la inteligencia sobre la inopia.

Las vagas y sutiles formas de gritar el conocido lema de "mueran la inteligencia" que existen en la sociedad de hoy, no tienen la osadía del que inventó ese grito y son más bien producto de una confusión. En muchos casos, implican el convencimiento de una frustración, que los rebeldes achacan a la formación universitaria de los demás. No se sabe por qué, aun en los malos estudiantes el contacto con las aulas ha constituido un elemento de educación y de formación. Aun en pésimos escolares ha resultado formativa la llovizna de los silogismos, que involuntariamente cayó sobre ellos. Esa pedagogía, pesada y abrumadora cuando la recibimos, ha resultado ser después un vestido cómodo. No se crea que el llamado universitario no pueda envidiar nada de los que no lo son: a veces compraría algunas dosis de esa ruda franqueza, de esa sabia ignorancia de que hacen gala los hombres ayunos de cualquier lección.

Quizá lo único que de verdad enseñe la cultura, son sus propias limitaciones y las limitaciones específicas del hombre. En este sentido, la formación universitaria es una formación de modestia. Sólo el paleta puede tener la pretensión de que lo sabe todo. Rara vez el hombre de estudios incurrirá en semejante error. Nos asombra contemplar la lamentable suficiencia de ciertos "self made man" o la insuperable tontería de algunos diplomados en relaciones públicas. Esa educación de baratija que se insufla hoy en cursillos veloces, con una finalidad práctica y de inmediatas, le quita al hombre aquel corsé sublime que le ponían los grandes conocimientos y le hacen andar por el mundo diciendo y cometiendo una impertinencia tras otra.

Mientras la civilización que está alumbrando gire alrededor de la economía de los mercados, de la productividad y de las balanzas de pagos, le esperan al intelectual y al universitario horas amargas. Tendrá que doblegarse a los improntos de directores de empresa de genio fugaz, que le harán tragar toda la filosofía que él sabe. Escuchará incesantemente retahílas y consejos sobre la vida práctica y hasta se verá obligado a presentar excusas sobre el hecho de haber estudiado mucho. A la deliberación de los grandes maestros, a su actitud errante ante los grandes temas de la vida y del hombre, ha sucedido un troglodita con corbata, que cruza los grandes parajes del pensamiento a ciento cincuenta kilómetros por hora y atropellándolo todo.